

JOSE
RON

REALIDAD ACTUAL DE LA CULTURA ECUATORIANA (*)

CULTURA Y COLONIZACION

La práctica colonizante, cualquiera que sea su intensidad, implica de hecho alienación, y ésta es tanto más sutil cuanto más encubierto es el colonialismo que, por tal motivo, se ve obligado a justificar permanentemente su acción.

El desenvolvimiento cultural del Ecuador, operado a lo largo de más de cuatro siglos a partir de la conquista ibérica, ha soportado el peso de una casi intermitente colonización que, para nuestro caso, ha evolucionado desde la forma más antigua y brutal hasta la contemporánea, solapada, imperceptible, pero igual o quizás más brutal que la anterior. En estas condiciones, la cultura ecuatoriana expresa su forma peculiar de alienación, no constituye un producto social resultante de una actividad colectiva consciente. Así comprenden los dominadores —por ahora mejor que los dominados—, por ello su empeño en aislar cierta actividad cultural e impulsar otra, demuestra que han aquilatado el importante rol que está llamada a jugar en un proceso de transformación revolucionaria como el que han iniciado los pueblos latinoamericanos.

Una cultura como la nuestra, desfigurada por factores alienantes, está comprometida a no comprender, se caracteriza por la acción unilateral y descansa sobre un idealismo claudicante. Es una

cultura desarticulada, propia del subdesarrollo; tiende al quietismo, al estancamiento y a la contemplación.

Es, además, una cultura que entre malarismos y ditirambos trata de escamotear el despojo y la explotación, a cuyo servicio se lo ha sometido.

Las manifestaciones culturales en nuestro país no las están forjando los sectores sociales básicos y mayoritarios —sumidos como se encuentran en una desesperante lucha por sobrevivir—, sino que han sido y están siendo suplantadas por los grupos dominantes, quienes a través de la tecnocracia en la ciencia y de los agentes de la cultura oficializada en arte y literatura, “elaboran” un modelo cultural sujeto a intereses extraños y que, por lo mismo, resulta copia caricaturizada del existente en la metrópoli. La cultura no recoge las corrientes y orientaciones que llegan desde afuera para transfigurarlas y enriquecerse, sino que se somete de manera servil hundiéndose cada vez más en la anti-historia.

Esta realidad de la cultura en nuestro país, insistimos, no es de ahora, proviene de un pasado con peso específico

(*) La publicación de este trabajo corresponde a tres capítulos de la obra “CULTURA Y ALIENACION” (realidad cultural ecuatoriana), que será editada próximamente.

concreto, cuya significación es necesario asumirla críticamente si queremos fundamentar y proyectar una acción cultural coherente y legítimamente histórica. O sea que la crítica es apenas el comienzo de la lucha cultural en que va fraguando la nueva cultura. Marx lo diría:

“No es la crítica sino la revolución la fuerza impulsora de la historia, incluso la de la religión, la de la filosofía y demás disciplinas teóricas”. (1)

No debería, sin embargo, interpretarse esta cita de Marx como si la crítica fuese inútil y sin trascendencia. Al contrario, debe tomársela como importante mediación, como paso hacia un enfrentamiento más directo, en el cual, incluso, se volverá indispensable.

El crecimiento capitalista en Ecuador, hasta hace pocos años realizado a ritmo demasiado lento y con estancamientos prolongados, en el último quinquenio, en cambio, ha tomado un impulso inusitado, lo cual, evidentemente, está en estrecha relación con el auge de la explotación petrolera. Las inversiones de capital extranjero han experimentado un apreciable incremento, “de 7.4 millones de dólares, registrados en 1965, se pasó a 50 millones en 1969 y a 70 millones en 1970”. (2)

No obstante, el proceso de industrialización se ha limitado a ciertas ramas de la industria liviana que requiere de tec-

nología y materia prima importadas, lo cual da lugar a un control implacable por parte de las empresas multinacionales. La última Memoria del Banco Central del Ecuador reconoce que el sector industrial “es aún incipiente; que las relaciones interindustriales son muy limitadas, y que, en contrapartida, existe una elevada dependencia de la industria, respecto al suministro externo de materias primas, bienes intermedios y capital. En estas condiciones —agrega la Memoria—, el sector se halla subordinado, presentándose extremadamente vulnerable a las variaciones de los precios operados en el resto del mundo”. (3)

No se trata, pues, de un desarrollo capitalista que podríamos calificarlo de “normal”, sino de un capitalismo superpuesto, una excrecencia de las gigantes cas multinacionales que, como es de suponer, ha venido a ahondar las contradicciones del subdesarrollo.

Los cambios operados en la estructura económica han provocado una descomposición gradual pero persistente de formas de producción anteriores, a la vez que han ido desquiciando viejos esquemas e implantando un nuevo ordenamiento de valores. Todo un mundo de ideas, procesos, métodos y actuaciones se viene abajo. Los imponderables se derrumban y la gente va quedándose sin sus mitos, sin sus mentiras piadosas, sin

(1) Karl Marx-Federico Engels. “La ideología Alemana”. Ed. Pueblos Unidos. Montevideo, 1968.

(2) Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central. “Visión de Ecuador”. Quito, 1974.

(3) Edición del diario “El Tiempo”. Quito, 7 de noviembre de 1974, p. 3.

nada que pueda sostenerles en medio de la tormenta que vive la sociedad contemporánea. Aquel romanticismo lánguido y caballeresco, aquellos nexos tradicionales —familiares, gregarios—, ese espíritu paternal y dadivoso, están siendo desbaratados por la "modernidad" que ha irrumpido en la sociedad ecuatoriana, sobre todo en la urbana.

Este fenómeno, que en otras condiciones podría ser beneficioso para la cultura nacional, se presenta ahora como un serio obstáculo, no únicamente para una creación ulterior de cultura propia sino para colocar a ésta en función de las necesidades de liberación (que son también sus necesidades). Como anota Salazar Bondy: "A una nación maniatada y entregada al extranjero por su sistema social y económico, corresponde una cultura desintegrada, sin fuerza y supe-
ditada a valores extraños".⁽⁴⁾

Si hemos de admitir que el subdesarrollo, característico del Tercer Mundo, está indisolublemente ligado a la expansión capitalista y constituye su base de sustentación, tendremos también que reconocer que la cultura creada por dicho sistema está incidiendo de modo singular en las expresiones culturales de nuestros pueblos.

La cultura del sistema capitalista, y más del capitalismo monopolista, es

abiertamente compulsiva, violenta, masiva y alienante. Se desplaza cubriéndolo todo, se introduce por resquicios increíbles, invade la sacrosanta tranquilidad de los hogares; se mete por la fuerza de las costumbres, por el peso de la ideología, por las ciencias y las artes, se mete en las cabezas de las gentes y rastrea sus almas, obliga a "pensar" sólo en determinada dirección y fomenta ideas estandarizadas aptas para el mercado.

El sistema de dominación imperialista ha trasplantado parcialmente esta cultura a los pueblos neocolonizados, creando un ambiente cultural de tensiones y violencias marcadas. Octavio Lanni señala que "en este sentido la 'cultura de la violencia' inherente al sistema capitalista surge, aún más desarrollada, en las actividades del imperialismo. La política se militariza abiertamente, sin los subterfugios elaborados por la sociedad dominante. La vida universitaria lleva las modas imperantes en las metrópolis culturales hasta el paroxismo. La violencia se confunde con "el imperio de la ley".⁽⁵⁾

Y aquí cabría preguntar: ¿por qué el capitalismo monopolista, del que soportamos su opresión y del que depende, por tanto, nuestra fisonomía cultural, ha degradado a la cultura más que ningún otro sistema?

(4) Augusto Salazar Bondy. "Imagen del Perú de hoy". La encrucijada del Perú. Ed. Arca. Montevideo, 1963.

(5) Octavio Lanni. "Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina". Siglo XXI editores s.a. México, 1973.

La naturaleza misma del imperialismo nos ofrece una respuesta inmediata. Este sistema representa la culminación del desarrollo de la sociedad de clases y, en consecuencia, bajo su dominio el manipuleo y la instrumentalización de la cultura logra tal agudeza que la identifica plenamente con los fines mercantiles que son su razón de ser. Los elementos culturales se transforman en otras tantas mercancías que ingresan al mercado, cuyo control interno y externo lo ejercen las potencias capitalistas.

Y si la cultura ecuatoriana se halla, subrepticia o abiertamente, bajo registro del capital monopólico, se comprende que estará cercada por intereses restringidos que van restándole verdad, mirando su autenticidad y relegándola a un plano "neutral" que no es otra cosa que servir disimulada y silenciosamente al Poder establecido.

La intervención extranjera en el país, adecuada a condiciones concretas pero participando de los rasgos comunes que definen al neocolonialismo, determina que, como ha expuesto Juan José Arévalo, nuestros gobernantes sean, antes que nada, administradores de los intereses imperiales ⁽⁶⁾. Las actitudes de complicidad y condescendencia frente a las múltiples modalidades de exacción que utiliza el imperialismo, serán, entonces, el distintivo de los gobiernos que se

turnan en el Poder. Los productos culturales revelarán esta situación, surgirán, en gran medida, extrañados y falsos, pese a las buenas o malas intenciones de quienes se han encargado de oficializarlos.

Los continuos programas de "cooperación" y "ayuda", implementados desde el exterior han abierto un cauce amplio a la penetración ideológica que ha venido cumpliéndose sin mayor resistencia a través de numerosos canales, llámense éstos Cuerpos de Paz, asesoramientos técnicos, intercambios culturales, planes de becas o seminarios e investigaciones financiados por "fundaciones" enmascaradas tras las universidades; o, aún, por medio de sectas religiosas que han multiplicado sus ramificaciones. Los métodos adoptados varían de acuerdo con las situaciones específicas, pero, en general, van desde la imposición desembozada hasta la persuasión sutil e indirecta. Los objetivos aparecen claros después de examinar las declaraciones, las prácticas y los modos de operación. Actividades deportivas o culturales sirven de cobertura a la ideologización en que muchos jóvenes son inoculados con "un espíritu de hidalguía, un sentido de cooperación mutua y un respeto a la autoridad" ⁽⁷⁾, a la vez que se les entrega una imagen distorsionada de la realidad en la cual "lo americano" aparece como modelo insuperable, al tiempo que ofrecen

⁽⁶⁾ Juan José Arévalo. "Antikomunismo en América Latina". Ed. Palestra. Buenos Aires, 1959.

⁽⁷⁾ Segundo Informe Anual del Cuerpo de Paz. Washington D.C., 1963.

"grandes recompensas materiales a aquellos que ven la luz".⁽⁸⁾

Pero la cultura colonizante no es mero instrumento ideológico, sirve también eficazmente para el despliegue de vastos planes de espionaje, información y contrainformación, todos destinados a la contrainsurgencia de los pueblos sometidos. Hay no pocos casos —que se han hecho públicos— de la comprobada participación de la CIA (Agencia Central de Inteligencia norteamericana) en turbios planes de espionaje en las naciones latinoamericanas, utilizando pretextos e instituciones culturales. Gregorio Selser en su conocida obra "Espionaje en América Latina", al preguntarse sobre la eficiencia del trabajo de los Cuerpos de Paz (Peace Corps), afirma que "No es necesario estar muy versado en política para tener la respuesta. Pero si precisáramos una, la tendríamos en la serie de encuestas e investigaciones del tipo de los "proyectos" Camelot y Simpático y sus diversas variantes, enderezados a predecir con anticipación la posibilidad de estallidos de tipo insurreccional o revolucionario"⁽⁹⁾. Y estos "proyectos", analizados detenidamente por Selser en la obra mencionada, tienen un inocultable contenido político-militar.

LA CULTURA DEL PETROLEO

El petróleo y su explotación ha creado un vínculo mucho más directo entre la

economía de nuestro país y la absorbente de las grandes corporaciones petroleras multinacionales. Nos ha colocado a merced del capital monopolista de manera acentuada, pero, al mismo tiempo, ha provisto una opción real de poner en evidencia las contradicciones antagónicas que existen entre los intereses nacionales y los monopolistas del extranjero. Aquello del imperialismo, con el petróleo y su decisiva influencia en la sociedad de hoy, ha tomado corporeidad y lo que antes era únicamente una imagen todavía difusa, con contornos que se diluían en las palabras, las abstracciones y los racionalismos, ahora es una presencia tangible, que ante los ojos de la mayoría de ecuatorianos no puede ya ocultarse como sucedía con las plantaciones cacaoteras o bananeras, cuya permanencia pasaba desapercibida en las grandes urbes y en las zonas campesinas fuera de su órbita. El petróleo, por el contrario, con su inagotable capacidad de procesamiento y diversificación, con su importancia estratégica, con su potencial energético, abarca un horizonte muy amplio, visible desde todos los ángulos.

Bajo el signo del petróleo se ha iniciado una remodelación de la estructura socio-económica y de su aparato supraestructural. La cultura está modificándose y empieza a revelar con mayor agudeza los contrastes entre miseria y opulencia, los enfrentamientos de clase y

(8) Citado por Manuel Agustín Aguirre a propósito de los Programas Fullbright. "La Segunda Reforma Universitaria". Selección de documentos. Ed. Universitaria. Quito, 1973. Del mismo autor recomendamos el estudio de la parte pertinente a la ofensiva cultural del imperialismo (pps. 139/172).

(9) Gregorio Selser. "Espionaje en América Latina". Ed. Iguazú. Buenos Aires. Setiembre, 1966.

las luchas internas en cada una de ellas. A su vez está implicada por la crítica situación internacional que ha originado para el Ecuador, como país productor de petróleo, nuevas contradicciones, nuevas amenazas y nuevas posibilidades. La perspectiva cultural se ha ampliado notablemente pero los obstáculos se han multiplicado, el camino que debe recorrer la cultura nacional hasta lograr su plena afirmación es, ciertamente, áspero y de compleja realización.

Tendencias nuevas empiezan a dibujarse, signos que antes permanecían a la sombra ahora se muestran iluminados por el fragor que impulsa la historia hacia adelante. Pero lo viejo también muda de semblante, ensaya una y otra careta, simula nuevos gestos, se angustia por rejuvenecer, presiente su final y se agita entre la crueldad y el pesimismo.

Hace falta retomar lo que ha sido la cultura en Ecuador, hasta hace poco, hasta ayer, aquello que hemos tratado de configurar en los capítulos precedentes. Llegaremos a la conclusión de que mucho de lo descubierto —donde lo negativo es predominante— yace enraizado y pervivirá todavía con fuerza por algún tiempo.

De ahí que la cultura en nuestro país, el arte y la literatura en particular, salvo raras excepciones, no haya podido rebasar el marco de una actividad de lamen-

table diversión. Literariamente, plásticamente, el uso de estilos y lenguajes provenientes de Europa, ha mantenido hasta nuestros días una tradición cultural de colonizados y colonizadores. La realidad postergada por una retórica presuntuosa, humillada por una moral hipócrita. La constante imitación ahogando la capacidad creativa, sugiriendo para que artistas y escritores no vean, ni oigan, ni sientan la vida.

La cultura, así, ha devenido negación de lo vital y humano. Pocas veces ha surgido de la realidad, de esta que nos circunda, y, cuando lo ha hecho, casi siempre ha caído abatida por el peso de la complicidad en medio de las emboscadas de un enemigo astuto y corruptor.

Nunca como hasta hoy ha podido comprobarse tan palmariamente la incompetencia y caducidad de la forma de organización social que nos rige para aprovechar racionalmente los recursos humanos y naturales de que dispone el país en abundancia. La exportación de petróleo crudo está dejando al estado ecuatoriano una renta anual estimada en 17.500 millones de sucres⁽¹⁰⁾. Jamás había dispuesto el fisco de tanto dinero. Sabíamos que este es un país hermoso y rico, conocíamos con cierto escepticismo de sus riquezas naturales, pero hasta ahora esa riqueza no se había concretado tan objetivamente. La vieja historia

(10) Evaluación realizada por el Banco Mundial para 1973-1974: 700 millones de dólares. Revista "NUEVA" N° 11. Quito, julio-agosto, 1974.

de la penuria fiscal pertenece ya al pasado, el flujo de dólares ha hecho crecer la reserva monetaria nacional hasta límites insospechados. Aquel panorama característico de pueblo pobre, estado pobre, se ha transformado en la evidencia de un estado millonario y un pueblo que no sólo sigue siendo pobre sino que empobrece día a día ⁽¹¹⁾. Y esto por la sencilla razón de que las rentas del petróleo, al estallar sobre una sociedad como la ecuatoriana, con profundas desigualdades en la distribución de ingresos, canalizan las inversiones hacia la producción de mayores beneficios para los grupos sociales dominantes en lo económico y político.

Pese a los cortos años que el Ecuador lleva como país exportador de petróleo, no son pocos los casos de corrupción administrativa, de tráfico inmoral y traidor con los recursos naturales. Junto al hambre y al descontento, y al amparo del petróleo, han empezado a surgir los nuevos millonarios con toda la catadura de lacayos espléndidamente gratificados por el extranjero. Es muy ilustrativa al respecto la obra de Jaime Galarza "El festín del petróleo".

La ilusión creada por la explotación petrolera en el país, las cuantiosas inversiones de capitales en la industria, la agricultura y el comercio, sin un plan global, totalizador, sin metas sociales

definidas, con patrones generales que fortalecen la economía privada que se mueve en el regazo de los grandes consorcios multinacionales, ha desencadenado un forzado "crecimiento cultural". Se nos viene una cultura del petróleo, de relumbrón, viscosa como el hidrocarburo, revestida de suntuosidad, degradada servilmente frente a la tecnología.

Esa cultura petrolera se la vislumbra ornamental y urbana, capaz de cerrar aún más el círculo elitario, de promover la mercenarización y los privilegios, de excitar poderosamente el individualismo egoísta, de despertar ambiciones incontrolables y competencias fundadas exclusivamente en la fama (que literalmente se traduce en dinero). Pero también servirá para aclarar los contrastes, para definir mejor las posiciones de clase y, además, para asimilar algunas conquistas técnicas, no sólo científicas sino artísticas y literarias.

La explotación del petróleo ha intensificado la transferencia al país, no sólo de la tecnología más avanzada sino también de comportamientos culturales determinados, formas de crear en arte y literatura, contenidos de esas creaciones, usos, costumbres, sentimientos, teoría e ideología.

Por otro lado, al afianzar el neocolonialismo, ha debilitado las instituciones tradicionales a las que se ve constreñida

(11) Cifras del Banco Central del Ecuador revelan que en el año 1972-1973, la tasa de crecimiento del índice de precios fue de 17.5% (inflación), mientras que los bienes alimenticios incrementaron sus precios en 31.2% en Quito y 20.7% en Guayaquil (Publicación del diario "El Comercio". Quito, 22 de octubre, 1974).

a revestirlas de nuevos y costosos ropajes (burocratismo). Paralelamente, los ritos y creencias de los neocolonizados van perdiendo su contenido vivo.

Desde luego que el petróleo tampoco nos va a salvar de las crisis económicas —más tenaces y profundas en las zonas del subdesarrollo—, ni de sus secuelas materiales desastrosas para la mayoría de la población, ni de ese infierno de frustraciones en que se consumen millones de ecuatorianos a quienes se trata de aliviarlos con estupefacientes morales y religiosos que cotidianamente provee el sistema.

Dentro de la sociedad ecuatoriana, amplios sectores de masas viven nutriéndose de ilusiones, siempre renovadas tras cada fracaso. La repetida frase popular "la esperanza nunca muere" es aliento y resignación entre los oprimidos, cuyas vidas se escinden en la real y diaria que les acosa sin tregua y se repleta de estrecheces, presiones y amarguras, y, en la otra, producto casi exclusivo de la imaginación en que se confunden las tradiciones y mitos populares con los estímulos diestramente manejados por un complejo propagandístico alienante. Los hombres extrañados, como anota Hegel, tienen su conciencia en dos mundos diferentes, lo cual, al crearlos una contradicción, la superan en el mundo de la fe.

EL MESTIZAJE CULTURAL

Sobre este problema, que se encuentra en la base de toda comprensión e interpretación cultural que pretenda hacerse de América Latina, y concretamente de Ecuador, se ha controvertido suficientemente como para arribar a algunas conclusiones que, según parece, constituyen el punto de convergencia de los autores que se han ocupado del tema.

Existe un virtual reconocimiento de la devastadora acción cultural desplegada por la colonización ibérica, sin embargo, en lo referente a si se produjo o nó un verdadero mestizaje cultural, hay criterios dispares. Autores como Roberto Fernández Retamar ⁽¹²⁾, sostienen que el mestizaje es lo característico de América Latina:

"Pero existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, "nuestra América mestiza". Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo preciso como la señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes de aborígenes, de africanos, de europeos —étnica y culturalmente hablando—". ⁽¹²⁾

Añade que hemos hecho **nuestra** la lengua de los colonizadores y con ella,

(12) Roberto Fernández Retamar: "CALIBAN". Apuntes sobre la cultura en América Latina. Ed. Abejón Mono, 1974.

a modo de Calibán, los discutimos e impugnamos.

Agustín Cueva, por el contrario, al analizar aspectos de la cultura ecuatoriana, juzga ilusorio el mestizaje cultural⁽¹³⁾, al que considera como reconocimiento teórico para encubrir las lacras de una cultura mistificada. Nos habla de un "lenguaje ablución", creado y utilizado para ocultar la verdad. "Ha sido desde entonces este lenguaje, por así decirlo, un ropaje fastuoso destinado a cubrir las llagas sociales; ha sido, históricamente, el paliativo verbal de un mal social, la culsi poesía de una infame realidad".

Es indudable que el ancestro cultural nativo tiene su presencia en la cultura nacional. El proceso cultural, en otras palabras, ha recibido, en dosis mínimas si se quiere, el aporte cultural indígena, mas esa presencia y este aporte, han logrado tan escasa significación que la tendencia manifiesta y dominante ha sido, como hemos anotado, la aniquilación cultural de las expresiones nativas, prolongada en el transcurso de toda la etapa republicana, so pretexto de unidad e integración nacional. Siempre se ha pretendido "asimilar" a los indios ecuatorianos, "convertirlos en factores activos de progreso", despojándoles de sus propios valores, de sus tradiciones y costumbres, e imponiéndoles abierta o vela-

damente con una ubicación juzgada como denigrante dentro de la sociedad nacional, todo el mundo valorativo no de una sino de doble colonización. Los gobiernos y las clases en el Poder han hecho frecuentes y demagógicos "llamados" a integrar a los indios a la "vida nacional", a la "civilización", en especial cuando han sentido la necesidad y han querido disponer de fuerza de trabajo barata y abundante. La migración campesina a las grandes ciudades ha sido constante pero se ha elevado notoriamente en los últimos años. Los indígenas buscan en las grandes urbes formas de sobrevivir, ocupándose como cargadores la mayor parte, peones de construcciones otra buena parte y el resto entregándose a diversas actividades de servicios (domésticos, limpieza, vigilancia, etc.). En todos ellos, el subempleo es lo característico. Su participación en la vida cultural, en estas condiciones, es casi nula. Las ciudades —sobre todo Quito y Guayaquil—, absorben los contingentes migratorios del campo rechazando en los nativos lo que les queda de auténtico e inculándoles productos de una subcultura alienada. Para estos campesinos "Ningún valor les parece más auténtico: ni los del antiguo mundo de cuya insuficiencia y desmoronamiento son conscientes, ni los del mundo nuevo que sigue cerrado para ellos. De ahí ese legítimo sentimiento de una do-

(13) Agustín Cueva. "Entre la ira y la esperanza". Ensayos sobre la cultura nacional. Ed. CCE. Quito, 1967.

ble frustración: la pérdida de los valores ancestrales y la imposibilidad de alcanzar las nuevas riquezas, a la par tan próximas y tan innaccesibles. El Tercer Mundo está poblado por hombres a la deriva".⁽¹⁴⁾

Esta situación se presenta en circunstancias en que hay un reconocimiento teórico y legalizado de la libertad e igualdad de todos los ciudadanos. Remítámonos a toda la época que abarca la colonia, durante la cual no sólo que se sometió a la cultura nativa, sino que fue aniquilándosela, y tendremos que concluir que el mestizaje cultural, efectivamente, "estructurado"⁽¹⁵⁾, no se produjo ni se han creado hasta ahora las bases necesarias para su realización.

La integración, como se ha visto claramente, no ha implicado fusión como para provocar un real mestizaje cultural. Las sucesivas etapas de colonización han discriminado a la cultura autóctona y la han sumido en el exotismo y el folklorismo que subsisten a la sombra de intereses turísticos.

No obstante, caeríamos en el subjetivismo y la unilateralidad si reconociésemos tan sólo la presencia pura de los factores culturales extranjeros. Hace falta estudiar e investigar los modos con que esos factores se han aclimatado en nuestra sociedad y las modificaciones que por esta causa han sufrido.

Cómo, incluso, han generado, en una realidad de intenso mestizaje étnico, los primeros atisbos de una conciencia nacional. Darcy Ribeiro confirma nuestro juicio:

"Cada una de ellas, al ser capaz de mirarse a sí misma con visión propia y de proponerse proyectos de reordenación de su sociedad, se volvió progresivamente capaz de considerar al europeo bajo un ángulo más realista. Es en este momento que comienzan a madurar como etnias nacionales, rompiendo a la vez con el pasado remoto y con el presente de sujeción al europeo".⁽¹⁶⁾

Nos parece acertado el criterio de Agustín Cueva con respecto al papel desempeñado por la llamada clase media en el proceso cultural ecuatoriano. Sin embargo, en dicho sector social, hay que reconocer, no únicamente su inconsistencia y su predisposición a aceptar la cultura colonizante, sino, también, y esto creémos es importante, su gran capacidad potencial no sólo para ser "el continente por excelencia de la cultura mestiza", sino para echar las bases de la nueva cultura en lucha contra aquella alienada y alienante. Por lo demás, las opciones propuestas por el desarrollismo están fortaleciendo a la "clase media". Una gran masa de pequeños burgueses que por su ubicación social no tendrían más que conformarse con posiciones

⁽¹⁴⁾ Ives Lacoste. "Geografía del subdesarrollo". PUF. París, 1965. Citado por A. Cueva en obra en rf.

⁽¹⁵⁾ A. Cueva en ob. cit. (III. Mito y verdad de la cultura mestiza) considera que "para que pueda hablarse de cultura mestiza es menester no sólo la concurrencia heteróclita de elementos de prosapia diversa, sino además la fusión de los mismos en un todo orgánico y coherente, **estructurado** en una palabra.

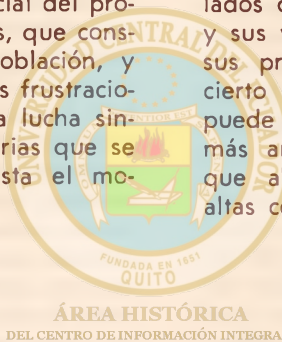
⁽¹⁶⁾ Darcy Ribeiro. "Las Américas y la civilización". III.—La transfiguración cultural. 1.—Lo auténtico y lo espurio. Centro Editor de América Latina S.A. Buenos Aires, 1972.

subalternas, ahora se han volcado a la obtención de títulos y especializaciones ⁽¹⁷⁾, con los cuales se van abriendo camino en la "escalada social". Ciertamente que esto reproduce un fenómeno propio del desarrollo capitalista: el reconocimiento formal, externo, entre los integrantes de la sociedad, "la absorción del hombre por su situación social" como dice Cueva ⁽¹⁸⁾, empero, el sistema vigente en el país, por más petróleo crudo que siga exportándose y por más dólares que sigan ingresando, agotará en corto tiempo su capacidad de asimilación de nuevos y más numerosos profesionales, lo cual conducirá a plantear la situación en términos del cuestionamiento del status. Entonces será inevitable la dinamización cultural en dirección a la autenticidad que supone, antes que nada, liberación. Es obvio suponer que este proceso irá aparejado al ascenso concienencial del proletariado y de los campesinos, que constituyen la mayoría de la población, y que están experimentando las frustraciones y las posibilidades de la lucha sindical y de las reformas agrarias que se han puesto en práctica hasta el momento.

El impulso actual de creación de esa nueva cultura es todavía débil, pero es indudable que ha empezado e irá tomando fuerza a medida que las contradicciones sociales se proyecten con más amplitud.

"La ruptura de esta alienación por parte de los pueblos morenos de América, sólo se iniciaría después de siglos de esfuerzos pioneros tendientes a desmascarar la trama. En realidad recién en nuestros días se está alcanzando esta superación, gracias a que la propia figura nacional mestiza es ya aceptada con orgullo". ⁽¹⁹⁾

En verdad, el mestizo vive en nosotros, con sus odios e impotencias acumulados durante siglos, con sus complejos y sus vanos orgullos, con sus sueños y sus prolongados letargos. Si bien es cierto que toda esta carga ideológica puede derivar hacia entreguismos más y más antipatrióticos, es también seguro que abonará generosamente las más altas conquistas de la insurgencia.



⁽¹⁷⁾ Únicamente en la Universidad Central, la más grande del país, el número de estudiantes en los últimos diez años, de 1963 a 1973, se ha incrementado en 8.7 veces más, de 4.011 a 34.797.

⁽¹⁸⁾ A. Cueva. Ob. cit.

⁽¹⁹⁾ Darcy Ribeiro. Ob. cit.